

*Etnología y Antropología social*

JAULIN, ROBERT, *La paix blanche. Introduction à l'ethnocide*, Editions du Seuil, Paris. 1970, 424 pp.

"Nuestra civilización no concibe el diálogo con el Otro más que en la forma de un monólogo con sentido único", dice Jaulin (p. 265). Y las pruebas abundan en su texto.

En cinco años a partir de 1963 los grupos motilonos (bari) del alto Catatumbo —en la frontera norte de Colombia y Venezuela— han perdido, por muerte, dos tercios de su población inicial; una suerte semejante han corrido los indios de otras áreas de la misma región como resultado palpable del reinicio de contactos con la población "blanca" durante la década pasada. La zona se ha visto crecientemente invadida por colonos, misioneros, agentes de compañías petroleras, aventureros extranjeros y representantes de las agencias indigenistas oficiales. Cada uno de esos sectores persigue sus propios intereses y tiene modalidades peculiares para concebir al indio y relacionarse con él; pero todos, a fin de cuentas, responden a su calidad de agentes de la cultura occidental, con las implicaciones etnocidas que conlleva tal filiación.

En la primera parte del libro (capítulos I a VI) el autor relata en detalle la historia reciente del contacto con los motilonos y la instauración de la "paz blanca". Con una minuciosidad escalofriante Jaulin va describiendo los efectos de la expansión occidental sobre los indios. Basado en un acopio muy vasto de cifras y documentos, y en su experiencia personal en la región a lo largo de cuatro años, introduce paulatinamente al lector en la vida de los bari y en su destrucción sistemática. Cada empresa colonial es analizada en sus mecanismos de acción y en sus efectos deletéreos. En todos los sectores de la civilización amazónica —de la que participan los bari— se siente el impacto destructor de Occidente: sutil unas veces, otras abiertamente brutal. La escolarización, la evangelización y la sedentarización —que van de la mano— atentan contra el sistema de vida de los motilonos, rompen sus formas de relación con el ambiente de la selva, mutilan su espacio físico y su sentido de participación cósmica. En las nuevas aldeas, las grandes residencias colectivas tradicionales, que eran habitadas periódicamente, que correspondían a la organización social de los motilonos y expresaban sus alianzas y sus relaciones internas, se ven substituidas por casas "familiares" independientes que trastornan el orden de la vida colectiva e imposibilitan el cumplimiento de funciones sociales que daban coherencia, sentido y expresión al grupo. Los cambios en la habitación, como la introducción del vestido a la occidental, además de obstruir las maneras establecidas de ajuste y adaptación a las condiciones climáticas, atentan contra el pudor y el sentido de respeto mutuo propio de los pueblos amazónicos —en un empeño etnocéntrico de "moralizarlos".

En todos los casos que estudia Jaulin, salta a la vista un hecho funda-

mental: se trata de dos civilizaciones en contacto, cada una con su propia visión y su propio sentido del hombre y del mundo.

Las enfermedades del hombre blanco, desconocidas en la selva, cunden y matan al indio; también, por otra parte, sirven de pretexto para solicitar dinero y fundar hospitales y servicios médicos completamente ineficaces porque no responden a las necesidades del medio, sino a los intereses de los invasores. Los motilones pacificados, los que ya no son "bravos", caen cada vez más en una situación de dependencia frente al blanco y alcanzan la condición de parias dentro del nuevo orden. En la alimentación, señala Jaulin, se imponen hábitos y productos que dependen de los suministros que haga el blanco; en su nueva condición, el indio resulta hambriento y mal alimentado, lo que nunca ha ocurrido dentro de su esquema tradicional. Para el colono esto es necesario: él proviene de las capas bajas de la sociedad occidental y en la selva afirma su nueva riqueza por contraste con otro más pobre, que sólo puede ser el indio pacificado, ya "nuestro", que viste mal y come mal; la incorporación del indio significa su inferiorización.

¿Por qué todo esto?, ¿por qué Bruce Olson, el aventurero *cow-boy* que hace de la selva un nuevo *far west* y actúa como agente de las compañías petroleras y como emisario de la "sub-civilización norteamericana"? ¿por qué las acciones aberrantes de los capuchinos y de las monjas?, ¿por qué la exhibición de los motilones en Bogotá o en Maracaibo?, ¿por qué, en fin, el silencio prudente de "la academia" ante el etnocidio?

Robert Jaulin inicia, en la segunda mitad de su libro, una reflexión enjuiciatoria que no se centra en la individualidad de quienes están en contacto con los bari, sino en el contenido etnocida de la civilización occidental.

"La integración —dice— es un derecho a la vida acordado a los otros bajo la condición de que ellos vengan a ser lo que nosotros somos. Pero la contradicción o la carambola de este sistema es precisamente que aquel otro, privado de él mismo, está muerto de antemano (p. 11). El proceso de destrucción cultural —agrega en otra parte— no consiste solamente en la pérdida de funciones tradicionales en beneficio de otras nuevas, sino en lo absurdo de esa pérdida, es decir, en lo vanidoso, lo ridículo, lo mediocre de estas nuevas funciones (p. 399).

La civilización occidental, piensa el autor, aspira a la universalidad y la confunde con su propia totalidad; niega al Otro —que siempre está fuera de esa totalidad— y lo niega expandiéndose sobre él; pero como la civilización occidental sólo puede existir en la medida en que contraste con el Otro, al negar a éste —destruyéndolo— está en proceso de negarse a sí misma.

La etnología refleja de muchas maneras el contenido etnocida de la civilización occidental; entre otras, al reducir a las demás civilizaciones (especialmente las de los "primitivos") a un modelo "arqueológico", es decir, el concebirlas como ejemplos del pasado de la propia civilización occidental, mediante la aplicación de esquemas evolucionistas etnocén-

tricos. "Sabemos —replica Jaulin— que esas sociedades no son 'superivencias' sino modelos diversos, algunos de los cuales ciertamente están del lado de nuestro futuro, no de nuestro pasado" (p. 262).

Robert Jaulin, por fortuna, es un etnólogo que no ha perdido la capacidad de indignarse. Denuncia el escándalo del etnocidio en todos los niveles y bajo todas las formas que le son conocidas; su juicio filosófico sobre la civilización occidental no le impide prestar atención y combatir airadamente a cada uno de quienes cree partícipes de acciones o complicidades en el proceso de destrucción etnocida, porque reconoce que la lucha es concreta y cotidiana, y no se gana con el cómodo apego a principios abstractos. Confiesa: "Hasta aquí, seguramente he forzado el tono, he generalizado en forma excesiva; y voy a continuar así, porque este texto no es de connivencia sino sistemáticamente de ruptura" (p. 272).

¿Cuál es la salida? El autor se adhiere a esta formulación del padre Caron: "...nuestra acción debe buscar la protección de los indios contra la *civilización* y los *civilizados* que representan para ellos un peligro mortal... es su cultura original y profundamente humana la que importa salvar cuando se habla de salvar a los indios" (p. 337). Se pugna contra el etnocidio tanto como contra el genocidio; se reconoce la legitimidad de los Otros, y su necesidad, en términos de un proyecto de civilización universal. "Una civilización universal —concluye Jaulin— no puede ser sino una civilización de diálogo, a falta del cual el universo humano estallará; y el diálogo sólo es posible si cada parte, todas las civilizaciones, se niega a pretender la totalidad" (p. 424).

*La paix blanche* está muy lejos de ser una obra convencional de etnografía; no es, tampoco, un reportaje sobre las masacres de indios en la Amazonia; es más que una denuncia. Es un llamado beligerante a cambiar la ruta suicida de la civilización occidental, a la luz de una reflexión sobre el destino de algunos centenares de indios motilonos. ¿Demasiado tarde?

GUILLERMO BONFIL BATALLA